trabajo, unas veces los han heredado los hacendados de sus mayores y en todos los casos han sido acumulados por algún terrateniente, gracias a las rentas que otros campesinos le pagaron porque les permitiera usar de una parte de sus tierras, de sus pastos o de sus montes; o gracias a que el jornal que pagan a los trabajadores, generalmente en semillas y mercancías subidas de precio, vale menos de lo que vale el producto del trabajo, pues si el jornal que pagaran valiera exactamente lo que el trabajo produce, no tendría interés alguno el amo o patrón en hacer que los peones trabajaran a jornal.

El campesino palpa a toda hora que el patrón come, se viste y disfruta de una vida mejor mil veces que la del trabajador; que tiene muchas cosas de lujo en exceso; que es ocioso; que tiene vicios y dilapida el dinero en ellos; que en muchos casos es cruel y perverso y que generalmente sus comodidades y riquezas aumentan de una manera constante. En cambio, el trabjaador come, se viste y vive cada día peor, todo le hace falta; no tiene momento de descanso; no puede gozar de un solo placer, por honesto y humilde que sea; y su pobreza, sus enfermedades y sus penas van creciendo siempre y parecen no tener fin ni alivio posible.

Esta comparación entre la vida y el porvenir de capitalistas y proletarios ha creado naturalmente un sentimiento justificado de inconformidad, de inquietud de agitación crecientes en el trabajador. Y en su mente se ha fijado el pensamiento de cómo mejorar su vida y cómo corregir esa diferencia de condiciones entre el proletario y el capitalista; pensamiento que unas veces es prudente, reposado y justo, y otras ha sido violento, exaltado y lleno de desesperación. Unas veces ha tomado forma en actos con alcance más o menos bueno y duradero; y otras ha quedado solamente en estado de proyectos, planes y aspiraciones.

Ese pensamiento no ha sido de un trabajador o de un grupo de ellos solamente, sinó general y uniforme en todos los trabajadores de cada país y del mundo entero, y no solamente de nuestros tiempos nada más, sino de todos los tiempos, desde que se dividieron los hombres en proletarios y capitalistas.

A todas esas ideas, pensamientos y actividades de los trabajadores y de los amigos de los trabajadores, por medio de los cuales han creído unos y otros que se puede establecer un sistema diferente de organización del trabajo, una repartición justa de los medios de producción, como son la tierra, las herramientas, las máquinas, los materiales, etc., y una distribución también equitativa del producto del trabajo para corregir los terribles efectos del sistema capitalista, a esto es a lo que se llama socialismo.

Y a todos los actos o planes concretos que el proletariado y sus amigos realizan, de acuerdo con dichas ideas, tales como los sindicatos, las leyes que favorecen al obrero, las huelgas, etc., se le llama movimieno o lucha social.

Es claro que no todas las ideas que se proponen contra el capitalismo son socialistas, y hasta hay algunas que son contrarias al socialismo; pero no trataremos de explicar aquí cuáles son éstas. Por lo pronto sólo hemos querido dar una idea lo más sencilla posible del socialismo.

Conviene entender bien que ese estado de lucha entre el proletario y el capitalista, no se debe a que éste sea rico, ni a que disfrute de mejores casas, mejor comida, más comodidades, etc.; es decir que no se debe a envidia de los trabajares, pues si así fuera bastaría con que se mejorasen las condiciones del trabajador para que la lucha cesara o disminuyera. Muchos patrones, haciéndose aparecer como desinteresados amigos de los trabajadores, lo han hecho así y no por esto ha terminado la lucha. Esta se debe a que el modo, el sistema dentro del cual viven los proletarios, necesariamente crea esa diferencia con los capitalistas, con todas las malas consecuencias que ya hemos señalado. Cualquiera concesión que

hiciera el capitalismo, sólo sería un remedio aparente, porque el mal está en que el trabajador sólo es dueño de su fuerza y no tiene medios propios ni libertad para aplicarla. El mal está en todo el sistema del capitalismo y no en un solo aspecto o parte de él; corregir uno o varios de sus defectos, atenuaría el mal general y disminuiría o aplazaría la lucha entre capitalistas y proletarios.

No se remediaría tampoco el mal con que de la noche a la mañana y como por milagro, los dueños de la tierra, de los instrumentos y materiales de producción se volvieron buenos, desprendidos, compasivos, pues aun así quedaría la división entre hombres que tienen y hombres que no tienen más que su fuerza para trabajar. De manera que las doctrinas y los sermones con que los sacerdotes pretenden lograr que los hombres que tienen el dinero sean buenos con los pobres, y que éstos se resignen con su miseria para alcanzar la gloria eterna en la otra vida, no resuelven la dificultad; al contrario, la complican, porque contribuyen a que la explotación de los pobres por parte de los ricos sea considerada como natural e inevitable.

La raíz del mal está en que unos sean capitalistas y otros proletarios, condición que, como lo hemos explicado, se deriva de la forma y repartición que se da a la producción. Este mal sólo puede remediarse, pues, corrigiendo o transformando la forma de la producción y su repartición. Depende de las relaciones económicas entre los hombres, y no de causas morales o de otro género.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.